

LOS SUEÑOS

Julio Glockner

Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma de Puebla

*No creo estar ahora soñando,
pero no puedo probar lo contrario.*

Bertrand Russell

La sucesión del sueño y la vigilia ha motivado las más diversas prácticas y reflexiones no sólo de los hombres dedicados a la profecía, la medicina, la filosofía, la poesía, la magia o la fisiología, sino también las del hombre común de todos los tiempos. En muchas culturas se considera al sueño como una puerta de acceso al mundo sobrenatural. No existe en ellas una ruptura entre el sueño y la vigilia porque ambos estados están permeados por lo sagrado, entonces, no sólo es posible, sino necesario, el tránsito, la continuidad y la correspondencia entre sueño y vigilia.

En las sociedades primitivas, antiguas y contemporáneas, existe una mentalidad que difiere considerablemente de la racionalidad occidental. Son muchos los autores que se han referido a esta diferencia, pero yo quisiera seguir aquí algunas ideas de Levi-Brül, a quien se ha soslayado debido más al peso de los prejuicios que a la lectura de su obra.

Dice Levi-Brül que en las sociedades primitivas (a diferencia de las nuestras), todo o casi todo lo que ocurre se relaciona con la influencia de potencias ocultas o místicas —dioses, espíritus de los muertos, intervención de hechiceros, etcétera. Es decir, en lugar de que la causa y el efecto de los acontecimientos se den sucesivamente en el tiempo y el espacio, la mentalidad primitiva percibe únicamente el efecto, mientras que la causa pertenece al conjunto de series invisibles y no perceptibles. Un ejem-

plo puede ilustrar esta manera de comprender el mundo: “En el país de los azande a veces se cae un granero. Nada tiene de sorprendente. Todos los azande saben que las termitas y el tiempo se comen los soportes, y que incluso la madera más dura se deteriora al cabo de años de uso. Ahora bien, el granero es la casa de verano del caserío azande y la gente se sienta bajo él en el calor del día y charla o juega al juego africano del agujero o hace alguna artesanía. En consecuencia, puede ocurrir que haya gente sentada bajo el granero cuando se derrumbe y resulten heridas, pues es una estructura pesada hecha de vigas y barro. Ahora bien, ¿por qué estas concretas personas estaban sentadas bajo este granero concreto en el preciso momento en que se derrumba? Que se derrumbe es fácil de comprender, pero, ¿por qué tenía que derrumbarse en el concreto momento en que éstas concretas personas estaban sentadas debajo? Ha tenido años para caerse, entonces, ¿por qué se cae justamente cuando determinadas personas buscan su amable refugio? Nosotros decimos que el granero se derrumbó porque las termitas se han comido los soportes. Ésta es la causa que explica el derrumbamiento del granero. También decimos que la gente estaba sentada debajo en aquel momento porque era el momento más caluroso del día y lo consideraban un lugar confortable. Ésta es la causa de que la gente estuviera bajo el granero en el momento en que se derrumbó. Para nuestra mentalidad la única relación

entre estos dos hechos de causas independientes es su coincidencia en el tiempo y en el espacio. No tenemos explicación para el hecho de que las dos cadenas causales se crucen en un determinado momento y en un determinado lugar, pues no existe interdependencia entre ambas. La filosofía azande puede aportar el eslabón perdido. El azande sabe que los soportes estaban minados por las termitas y que la gente estaba sentada debajo del granero con objeto de escapar del calor y el resplandor del sol. Pero, además, sabe por qué estos dos acontecimientos ocurren precisamente en el mismo momento del tiempo y del espacio. Se debe a la acción de la brujería. Si no hubiera habido brujería la gente hubiera estado sentada debajo del granero y éste no se hubiera caído sobre ellos, o bien hubiera caído pero la gente no habría estado refugiada bajo él al mismo tiempo. La brujería explica la coincidencia de estos dos sucesos”¹.

La elocuencia de este ejemplo muestra que existe en esta mentalidad una dimensión suplementaria que la nuestra ignora, una dimensión de la experiencia en su conjunto. Es esta particular constitución de la experiencia, dice Levi-Brül, la que hace que los primitivos consideren como simples y naturales, formas de causalidad para nosotros irrepresentables. De este modo, el mundo visible y el invisible forman una totalidad, de tal manera que la relación entre la realidad sensible y las llamadas “fuerzas sobrenaturales” es constante.

La correspondencia entre estos dos mundos complementarios tiene en los sueños una de sus expresiones más completas. En ciertos sueños aparecen una serie de eventos que son tan válidos como los hechos que acontecen durante la vigilia. No se trata de confiar en la veracidad de todos los sueños, pues se distinguen perfectamente los sueños puramente fantasiosos de los que contienen una revelación sagrada. Pero cuando algunos sueños son reconocidos individual y colectivamente como visiones enviadas por la divinidad, entonces no se duda de la veracidad del sueño, pues “lo que éste anuncia llegará

y lo que muestra ha llegado”².

Los puentes y pasadizos que hacen posible la continuidad entre el mundo del sueño y el de la vigilia están constituidos por su relación con lo sagrado. En la cultura occidental, sin embargo, se produjo gradualmente la desacralización de ambos mundos y con ello la ruptura entre sueño y vigilia. Fue hasta el surgimiento de la teoría freudiana que se reestableció este contacto, sólo que bajo otros supuestos. Dios no cabe en los sueños, la voz de las deidades fue sustituida por la del inconsciente y sus revelaciones reemplazadas por los deseos reprimidos.

Los inicios de esta ruptura se remontan a la filosofía griega. En un libro fascinante titulado *Las teorías del sueño en la filosofía antigua*, Ángel J. Cappelletti expone una genealogía de este rompimiento. En Hipócrates encontramos ya que los sueños, por su origen, se dividen en dos especies: los que proceden de los dioses y los que surgen de un estado corporal. Esta distinción puede ser anterior a él, pero Hipócrates hace una advertencia decisiva: si el arte que se ocupa de los primeros se aplica a la interpretación de los segundos todo se toma incierto y confuso.

Sin embargo no es Hipócrates, sino Aristóteles, quien da el paso definitivo al afirmar que “no es posible suponer que los sueños sean directamente enviados por Dios con el propósito de revelar o anunciar algo al hombre”³.

Vamos a hacer un movimiento en espiral, dando un rodeo que nos aproxime a la naturaleza sagrada o profa-



Xochipilli

na del sueño, exponiendo algunas de las ideas de Aristóteles que aparecen en el libro de Cappelletti. Uno de los propósitos de Aristóteles es determinar qué seres vivos están sujetos a los fenómenos del sueño y la vigilia y en qué forma lo están. Para responder a estas preguntas hace las siguientes reflexiones: si la vigilia o el estar despierto no consiste sino en el ejercicio de los sentidos, resulta evidente que el órgano mediante el cual se produce la sensación es, al mismo tiempo, aquel gracias al cual el sujeto está despierto (cuando está funcionando) o está dormido (cuando deja de funcionar). Así pues, la vigilia y su contrario, el sueño (en el sentido de dormir), dependen de la parte sensitiva del alma. Pero la sensación, dice Aristóteles, no corresponde exclusivamente al alma ni exclusivamente al cuerpo, sino que más bien es un movimiento del compuesto, es decir, "del alma por medio del cuerpo". El filósofo de Estagira distingue tres partes del alma: vegetativa (o nutritiva), sensitiva e intelectiva. La primera la atribuye a todos los seres vivos sin excepción, pero las otras dos sólo son facultad de los animales y el hombre. Considera también que todo ser vivo dotado de alma sensitiva es afectado por el doble estado de sueño y vigilia, pues no existe un sólo animal que esté siempre despierto o permanentemente dormido. El animal es por definición, según Aristó-

teles, un ser dotado de la capacidad de sentir. Ahora bien, si el sueño es una paralización de los sentidos y la vigilia representa su actividad, se deduce que donde no hay sensación no puede haber ni sueño ni vigilia. Según Aristóteles las plantas no sienten y por esta razón no duermen ni despiertan: "De la sensación dependen el placer y el dolor. Sólo los seres que sienten son capaces de gozar y de sufrir. Esos mismos seres experimentan deseos. Pero las plantas, que no sienten, tampoco gozan ni sufren ni tienen deseos".

No sucede lo mismo con los animales, pues su alma sensitiva, que no supone necesariamente un alma racional, los ha dotado de la capacidad de dormir. El sueño sobreviene no cuando se produce fatiga en un órgano cualquiera, sino cuando se cansa el "órgano del sentido común", es decir, el órgano de aquel sentido gracias al cual es posible la percepción de los objetos sensibles en general y gracias al cual se unifican los datos aportados por los sentidos externos y las cosas se constituyen como tales en la conciencia. Puesto que el descanso es algo necesario para todo ser que se mueve con un movimiento natural pero finito (no se incluyen los astros) y puesto que el sueño es con razón considerado como un "descanso", debe inferirse —dice Aristóteles— que *la causa final del sueño es la conservación de ese ser móvil que llamamos "animal"*, aunque la verdadera finalidad del animal sea lo contrario del sueño, o sea, la vigilia y la actividad que ésta implica. Al parecer es la inmovilidad de las plantas la que hace que Aristóteles las considere insensitivas y por lo tanto despojadas de la facultad de reposar o dormir. Dedúcese de lo anterior —dice Cappelletti siguiendo siempre a Aristóteles— que el sueño es una propiedad y una afección necesaria de todo animal: si un animal vive, debe nutrirse; si se nutre, está sujeto a una serie de procesos orgánicos (digestión, asimilación, etc.); si está sujeto a una serie de procesos orgánicos, se fatiga; si se fatiga necesariamente acaba durmiendo. Hasta aquí dejamos a Aristóteles, que desarrolla



Peyotl

más adelante una explicación fisiológica de cómo la evaporación de los alimentos asciende del estómago por los intestinos hasta el cerebro, donde se atempera, para descender posteriormente al corazón. La circulación y exhalación de estos vapores nutricios es la causa primordial del sueño. Sin embargo no creo que su opinión sobre las plantas puedan convencer a un buen jardinero ni a una mujer que habla con sus flores.

¿No será que las plantas tienen un reposo nocturno, equivalente al dormir, después de comer luz? Cualquiera que lea el libro de Mauricio Maeterlink, *La inteligencia de las flores*⁴, verá con desconfianza la poca estima en que tiene Aristóteles al mundo vegetal. Dice Maeterlink, por ejemplo, que las flores precedieron a los insectos en la tierra; por consiguiente, cuando aparecieron éstos, aquéllas tuvieron que adaptar a las costumbres de esos colaboradores imprevistos toda una maquinaria nueva. Este sólo hecho, geológicamente incontestable, entre todo lo que ignoramos, basta para establecer la evolución, y esta palabra un poco vaga —dice— ¿no significa, en último análisis, adaptación, modificación, progreso inteligente?⁵ Y aún más, si se encuentran plantas y flores torpes o desgraciadas, no las hay que se hallen enteramente desprovistas de sabiduría y de ingeniosidad. Todas se aplican al cumplimiento de su obra; todas tienen la magnífica ambición de invadir y conquistar la superficie del globo multiplicando en él hasta el infinito la forma de existencia que representan, y para llegar a este fin, continúa Maeterlink, tienen que vencer, a causa de la ley que las encadena al suelo, dificultades mucho mayores que las que se oponen a la multiplicación de los animales.

¿No hay en las plantas un sueño latente que los hombres y los animales activan? Aristóteles, por supuesto, diría que no, pero atendamos a otra opinión, la de los antiguos y actuales chamanes mexicanos, que recurren a los trances extáticos para establecer comunicación con los dioses y adquirir facultades

curativas y adivinatorias. El contacto con las deidades se establecía mediante prácticas ascéticas como el ayuno, el insomnio, la abstinencia sexual y el autosacrificio, del mismo modo que lo hacían los místicos europeos, o bien mediante los sueños, entre los que habría que distinguir el sueño natural y el sueño inducido. A esta última forma de ensoñación pertenece la utilización de las plantas sagradas que contienen sustancias psicoactivas. "Enteógenos" ("Dios dentro de nosotros") las llamó el estudioso griego Carl A. P. Ruck, pues esta designación expresa las resonancias culturales de su uso, según explica Gordon Wasson⁶. Las visiones que surgen con la ingestión ritual de estas plantas son estimadas como la revelación de la deidad que habita en ellas. Desde luego que esta apreciación no es exclusiva del chamán, de ser así no trascendería los límites de la experiencia individual, más bien, estas imágenes tienen un reconocimiento colectivo respaldado por la tradición aunque no todos los individuos tengan acceso a ellas. La utilización de estas plantas no sólo tenía fines curativos, pues ellas revelaban el origen mágico de la enfermedad, sino también eran empleadas "para saber de las cosas perdidas y otras cosas que se quieren saber", según escribió en 1569 el Beneficiado don Pedro Ponce en su *Tratado de los dioses y ritos de la gentilidad*. De ahí tomo esta



Nanacatl

breve pero significativa descripción, donde se advierte ya la mezcla de las creencias indígenas con el cristianismo: "Beben el *ololiuhque* y el peyote, una semilla que llaman *tlitliltzin*. Son tan fuertes, que los priva de sentido y dicen que se les aparece uno como negrito que les dice todo lo que quieren. Otros dicen que se les aparece Nuestro Señor, otros los ángeles. Y cuando hacen esto se meten en un aposento y se encierran y ponen una guarda, para que les oiga lo que dicen, y no les han de hablar hasta que se les ha quitado el desvario, porque se hacen como locos. Y luego preguntan qué han dicho, y aquello es lo cierto".

Tanto en los sueños inducidos como en los sueños naturales, la experiencia onírica no tiene por qué ser menos real que la experiencia de la vigilia, pues sólo se trata de dos circunstancias en las que se encuentra el mismo sujeto: el *tonalli*, o fuerza vital, que se separa del cuerpo durante el sueño. Hay otras circunstancias en las que el *tonalli* abandona temporalmente el cuerpo, como la embriaguez y el orgasmo, o aquella en que el abandono es definitivo: la muerte. En este sentido, no existe en el pensamiento indígena una dicotomía excluyente y contradictoria realidad-irrealidad, pues se trata más bien de dos aspectos, complementarios, de una misma realidad. El *tonalli* o tonal no es un principio vital exclusivo del hombre, pues en algunas comunidades nahuas, como Atla, en la Sierra de Puebla, se considera que los "Señores del Aire", son divinidades que habitan en los cerros, *tonaltepetl*, es decir el *tonalli* de los cerros. Asimismo, López Austin informa de una comunidad en la que al maíz se le atribuye la facultad de dormir, por ello se recomienda no desgranarlo de noche, pues se supone que su fuerza vital está distante de él y pierde sus propiedades nutritivas^{7y8}.

Entre los antiguos nahuas había hombres especializados en la interpretación de los sueños. Estos sabios eran llamados *emiquiximatl*, que significa "Conocedor de los sueños". La interpretación la realizaban no sólo con el

conocimiento que les daba el hecho de ser ellos mismos poderosos soñadores, capaces de trasladarse al inframundo y a lugares inaccesibles a la gente común, sino también mediante la utilización de los "libros de sueños", que la intolerancia medieval de los conquistadores llevó a las hogueras. Mercedes de la Garza cita un párrafo del padre Las Casas donde hace mención a estos libros: "Muchas cosas hacían o dejaban de hacer por los sueños, en que muchos miraban, de los cuales tenían libros, y lo que significaban, por imágenes y figuras. Interpretábanse los sacerdotes o maestros que tenían aquel oficio".

Estas plantas y los sueños a los que inducían eran motivo de un respeto religioso, pero esta situación no sólo existía en relación con las plantas mágicas, sino en general con la naturaleza misma. A mediados del siglo XVII el doctor Jacinto de la Sema escribió en su *Manual de Ministros de Indios, para el conocimiento de sus idolatrías y extirpación de ellas*: "también dan adoración a los árboles y a las plantas como el *huatli* y *ololiuhqui*, *peyote* y *pisiete*, atribuyendo a los árboles más alma, que la vegetativa, que les dio Dios, como a las demás plantas y semillas virtud para obrar. Piensan que los árboles fueron hombres en el otro siglo, que ellos fingien, y que se convirtieron en árboles, y que tienen alma racional, como los otros; y así cuando los cortan para el uso humano, para el que Dios los crió, los saludan, y les captan la benevolencia para averlos de cortar, y cuando al cortarlos rechinan, dicen, que se quejan". Para probar lo que ha dicho, De la Sema refiere dos casos "bien singulares", transcribo el primero: "Teniendo los indios de este pueblo de Ocuyoacac la obligación de poner una viga grande en la puente del río de Toluca, que es paso para toda esa tierra de *Mechoacán*, cuando fueron al monte a cortarla, el gobernador hizo llevar la cruz con su manga, ciriales y cantores, y habiendo convocado todo el pueblo para esta acción, subieron a el monte, y cortaron el árbol, y así como cayó, llegó una india vieja, y le quitó las ramas, y fue a el tronco de

donde había sido cortado, y poniéndolas encima le consoló con muchas palabras amorosas, pidiéndole, que no se enojase, que lo llevaban, para que pasasen todos los de esa tierra de *Mechoacán*; y antes de arrastrar el árbol pusieron en el lugar donde había caído, un pedazo de cirio encendido de los que habían quedado del Jueves Santo, y le dijeron un responso muy solemne echándole agua bendita, y mucho pulque: con que otro día llevaron la viga labrada hasta la puente con mucha vocería, y algarazara diciéndole respuestas en las mansiones que hacían". Por supuesto, el gobernador que organizó este ritual fue acusado de idolatría y hecho prisionero. Es abismal la diferencia entre las dos formas de entender y vivir el mundo: mientras Aristóteles cree que Dios no tiene nada que decir a los hombres en sus sueños, una vieja india no sólo los ha visto, sino que entiende que son una transfiguración de la naturaleza, que la naturaleza misma es sagrada y que le debe una explicación al árbol al que se ha violentado. Claro que sería absurdo responsabilizar a Aristóteles de la estupidez de los españoles, pero muchos de ellos, entre los más lúcidos, han crecido a su sombra y usaban la razón de sus argumentos para combatir, es el colmo, lo que consideraban una influencia del demonio.

Para terminar, voy a referir una hermosa anécdota del siglo XVII relatada por Roger Caillois, en ella las fronteras del sueño y la vigilia son indecisas, pero no sólo esto, la historia misma nos ubica ante la posibilidad de elegir: Una muchacha no consigue conciliar el sueño. Siguiendo un procedimiento que le han enseñado, cuenta corderos que saltan un cerco. Ha contado ya más de doscientos, cuando oye un ruido insólito. Llamam suavemente a la ventana de su cuarto. La abren. Un caballero irrumpe en el cuarto sin decir palabra. Siempre silencioso, toma en sus brazos a la joven estupefacta, baja con ella una escala de seda, monta en su caballo y, apretando a su presa contra el pecho, se lanza al galope. Atraviesan una selva y por fin llegan a un pabellón de caza. El raptor

deposita delicadamente en una gran cama a la muchacha capturada. Empieza a cubrirla de besos, a quitarle su largo camisón. Volviendo un poco en sí, la joven se debate y protesta. Entonces el caballero, retrocediendo tres pasos y saludándola hasta el suelo con su sombrero de plumas dice: "como gustéis, señorita. El sueño es vuestro".

Referencias

¹ Evans-Pritchard, E.E., *Brujería, magia y oráculos entre los azande*, Anagrama, Barcelona (1976), pp 88-89. Tomado de: Mumo Gatti, "La lepra", *Espacios*, N° 16, 1991, p. 18.

² Levi-Brül, *La mentalidad primitiva*, La Pléyade, Buenos Aires, 1972, pp. 91-104.

³ Cappelletti, A. J., *Las teorías del sueño en la filosofía antigua*, Fondo de Cultura Económica (Cuadernos de la Gaceta N°57), 1989, p. 108.

⁴ Maeterlink, Mauricio, *La inteligencia de las flores*, Hyspamérica (Biblioteca Personal de Jorge Luis Borges), Buenos Aires, 1985.

⁵ *Ibid.*, p. 60.

⁶ Gordon Wasson, R., *El hongo maravilloso, Teonanácatl*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

⁷ López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología*, Tomo I, UNAM, México, 1984, p. 251.

⁸ Las principales plantas que los nahuas usaron ritualmente fueron el *teonanácatl*, el *picietl*, el *peyotl*, el *ololiuhqui*, el *tlitiltzin*, el *toloatzin*, el *iztauhyatl* y el *yauhtli*. Tlitiltzin significa "Negrilla", por lo que tal vez el negrito sea la personificación de esta planta. Con frecuencia se menciona también la aparición de un "venerable anciano" durante las revelaciones del ololiuhqui y el peyote, del mismo modo que a María Sabina se le aparecían los hongos bajo la forma de "niñitos". Esto revela, dice Mercedes de la Garza, que cada alucinógeno tenía su propia epifanía y que todas ellas eran antropomorfos cuando se ingerían. (De la Garza, Mercedes, *Sueño y alucinación en el mundo náhuatl y maya*, UNAM, México, 1990).

